

EDWARD COOPER

La fortificación de España en los siglos XIII y XIV

(VOLUMEN I)

MINISTERIO DE DEFENSA

MARCIAL PONS HISTORIA

MADRID, 2014

ÍNDICE

VOLUMEN I

Presentación	7
CAPÍTULO 1. Fortificar: ¿arquitectura?, ¿diseño?, ¿simbolismo?.....	33
CAPÍTULO 2. La poliorcética.....	81
<i>Castillos</i>	133
CAPÍTULO 3. Coronas.....	189
<i>Castillos</i>	241
CAPÍTULO 4. Fronteras	307
<i>Castillos</i>	338
CAPÍTULO 5. Crisis sucesoria.....	483
<i>Castillos</i>	538

VOLUMEN II

CAPÍTULO 6. Templarios	657
<i>Castillos</i>	704
CAPÍTULO 7. Poder lanar.....	757
<i>Castillos</i>	810
Epílogo	885
<i>Castillos</i>	909
Bibliografía	997
Índice de nombres	1047

«El capítulo de la construcción militar medieval es uno de los peor conocidos de nuestra historia arquitectónica. Escasa atención se ha prestado hasta ahora al examen de castillos ruinosos y restos de cercas, desprovistos casi siempre de decoración, que van desapareciendo día tras día sin que por su desnudez y lo complejo y árido de su análisis atraigan la atención de los estudiosos. Las murallas de las villas se derriban y los castillos, abandonados desde hace siglos, caen sin que de unas ni de otros queden descripciones y análisis arquitectónicos»

(L. Torres Balbás, *Ars Hispaniae*, vol. IV, Madrid, s. a., pág. 32).

CUANDO empecé a preparar, en 1963, lo que iba a resultar mi principal aportación al estudio de la Edad Media en España, no había leído todavía estas palabras de Torres Balbás, aunque sí era consciente del significado de la frase «escasa atención»: la persistente falta de calidad de los libros publicados en España sobre los castillos del país. Hasta los mismos encargados de la valoración de los monumentos lo atestiguaban: «Llegados los tiempos actuales, la situación de Mequinenza cambió. Aquellos ríos perdieron el valor que habían tenido como medios de comunicación y enlace, el castillo quedó reducido a un mero recuerdo»¹. A este autor, expresándose en la inmediata posguerra, nunca se le hubiera ocurrido utilizar la palabra «documento» para lo que consideraba como *mero recuerdo* en su descripción. La actitud, entonces común, propició que el castillo, antigua sede de los Moncada, sufriera a continuación, como otros varios, una restauración que le desvirtuaba totalmente como monumento histórico.

Los métodos que apliqué para suplir la carencia de estudios fiables hicieron retrasar la conclusión de mi tarea un tiempo que muchos pensarían irracional, es decir, hasta 1991. Como he sido el más perjudicado por esta lentitud, me considero, pues,

¹ J. VALLES Y PUJALS, *Mequinenza y su Castillo*, Barcelona, 1959, pág. 67. El autor reproduce un grabado francés de 1659 totalmente ficticio del castillo llamado *el Macho* (frente a la pág. 16). Es loable, me supongo, que los autores de la restauración no se sirvieran de él para base de la obra.

el mejor cualificado para comentar la validez de tales métodos. De hecho, conviene reiterarlos: la fotografía, contrastada a base de la composición estrictamente real, que exigía en muchos casos la presencia a una hora determinada del día, y la insistencia en un posicionamiento preciso para efectuar la toma y, por supuesto, el abandono de las reiteradas vistas suministradas por archivos comerciales de imágenes. La búsqueda de documentación auténtica, inédita en la mayor parte de los casos y generalmente sin catalogar. Un esfuerzo para expresarme directamente en castellano y poder controlar, sobre todo, el vocabulario y así evitar los servicios de los traductores en su habitual carrera contra el reloj.

La autenticidad es, por otra parte, el elemento decisivo para cualquier evocación del pasado, sea intelectual sea artística. Lectores conocedores de otras obras mías esperarán, quizás, otro aluvión de material de archivo. Sin embargo, aunque encuentren aquí documentación inédita, no me he empeñado en buscarla, porque la actualización y digitalización de los catálogos de bibliotecas y la revolución en técnicas de localización de fondos han descubierto tal cantidad de publicaciones relacionadas que no sé si llegaré a leerlas todas en los años de vida que me queden. Incluyen inventarios, cartularios, colecciones diplomáticas y otros tipos de recopilación que representan desde luego una ayuda considerable. En conjunto, los autores que cito a lo largo de esta obra tienen los fallos propios de su género y, por tanto, excluyen la posibilidad de que mi aportación se convierta en una simple reiteración. Sin embargo, espero haber tenido en consideración el esfuerzo colectivo de antaño aunque no sea adecuadamente apreciado por la historiografía de hoy.

Este esfuerzo colectivo carece, a veces, de unanimidad de criterios, por lo que me interesa desvincularme de aquellas posiciones que no comparto necesariamente. J. D. Garrido i Valls, autor de *La Conquesta del sud valencià i Múrcia por Jaume II* (Barcelona, 2002) dice de un colega (que también me sirve como fuente): «Juan Manuel del Estal [...] zamorà de origen, exmonjo d'El Escorial i reconvertit al medievalisme en arribar a Alacant el 1975 (no debades la seva tesi doctoral tracta de l'espiritualitat de Felip II), inicià una sèrie de monografies, recolzades en un abundant aparat documental [...] deficientment tractat i editat [...] i [...] abundant bibliografia sobre el tema, molt repetitiva, escrita en un llenguatge pompós i carregós, plena de teories pintoresques, com si de la cort del rei Artús es tractés, invita el lector a relinquir la lectura, a no ser que sigui afeccionat als contes de fades, perquè l'obra de del Estal és ficció disfressada de falsa erudició, on els castellans són els bons i els catalans (per a l'autor, sempre aragonesos) els malvats [...] Torne a demanar disculpes a l'amic lector, aquesta vegada per si l'avorreix l'excesiva al·lusió a la ciutat d'Alacant. Però qui escriu és nascut en aquesta ciutat, ara mateix escric des de'ací, I no puc evitar fer-ho des de la perspectiva de fill d'Alacant»². Si yo fuera el señor Garrido i Valls no estaría tan orgulloso de una cultura alicantina, en cualquier caso, que ha permitido que fuese degradada una joya como la Huerta de Alicante.

² Pág. 10.

La abundancia de fuentes secundarias no encubre la carencia de documentación, en comparación con el siglo xv, sobre todo para Castilla, consecuencia, en parte, del «golpe trastamarista». Lo que pudiera aportar tangencialmente Portugal está limitado por la impenetrabilidad de sus archivos. He tenido que apoyarme mucho más en la fotografía, teniendo siempre en cuenta que los edificios en cuestión, por su mayor antigüedad, han quedado muy diseminados o, en el otro extremo, víctimas de inútiles intentos de salvación. Pese a la escasez de temas realmente fotogénicos, he limitado el uso de los avances tecnológicos que se han producido en la fotografía durante la última década. La inmensa mayoría de las ilustraciones que ofrezco tienen su origen en clichés obtenidos mediante labores de ampliadora en cuarto oscuro, un procedimiento que supone una empatía con las propiedades de la luz que no alcanza el simple usuario de la digitalización. No fue casual que estuviera a mi cargo una de las ponencias inaugurales de la exposición de la obra de Moholy Nagy celebrada en el *Institute of Contemporary Arts* de Londres en enero de 1980. En otra ocasión he podido explicar mi preferencia por la fotografía en blanco y negro³. La cámara digital ha entrado tardíamente, debiendo admitirse el color únicamente donde cumpla un fin mejor que el blanco y negro. A principios del siglo actual, un importante fotógrafo, el conde de Lichfield, ha llamado «meros dinosaurios» a los que seguimos trabajando con película, ampliadora y papel. Pues bien, este libro *jurásico*, ilustrado *in extenso* con esos métodos históricos ya superados, podría ser uno de los últimos publicados.

Por otra parte, no pude incluir en mi repertorio de herramientas de investigación a la excavación arqueológica que, desde otras manos, ha ido transformando poco a poco la interpretación de los castillos medievales. La formación, en 1985, de la *Asociación de Arqueología Medieval* (de España) ha sido decisiva en la investigación tanto de los castillos como de conjuntos históricos de otros tipos⁴. Sin embargo, hay que considerar que los primeros esfuerzos realizados bajo sus auspicios en las fortificaciones carecían frecuentemente de los conocimientos sobre los objetos específicos relacionados con los reductos bélicos construidos en donde se excavaba. Además, veinte años después, la mayoría de los arqueólogos en España seguía ocupándose del mundo romano o de la época árabe⁵, y más como especialistas en cerámica que en metales, ofreciendo resultados no necesariamente adecuados cuando han presentado trabajos sobre conjuntos bajomedievales. Sigue existiendo una falta de vinculación profesional con todas las disciplinas que se orientan a la recuperación de un edificio medieval en ruinas. Incluso los arqueólogos pueden encontrarse a veces simplemente al servicio de empresas promotoras.

³ E. COOPER, «Making the Point with a Photograph», *Journal of Art & Design Education*, 15, núm. 1 (1996), págs. 31-39. Para evitar que el libro adquiriera proporciones impracticables, no he incluido en general planos de los conjuntos, que son, en cualquier caso, fácilmente accesibles en otras publicaciones.

⁴ He simplificado lo que ha sido ideológicamente durante más de medio siglo un campo de minas (V. SALVATIERRA CUENCA, *Cien Años de Arqueología Medieval: Jaén*, Granada, 1990).

⁵ E. CABRERA MUÑOZ, «Problemática de la arqueología medieval en la ciudad de Córdoba», *Aragón en la Edad Media*, 14-15/1 (1999), pág. 218, § 2. Es una ponencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba el 6 de marzo de 1997.